































*circulantes, a la manera del duende común, que camina envuelto en una sábana blanca. Los que sostenían haberlo visto, aseguraban que, invariablemente, se levantaba del sitio donde el cuerpo había sido enterrado como una leve y luminosa exhalación de la tierra y tomando forma humana flotaba lentamente hacia la casa, paseándose entre los grandes árboles y sentándose a veces sobre una vieja y saliente raíz. Allí permanecía inmóvil durante horas, en una actitud meditativa y triste, al decir de mucha gente. Yo no lo vi nunca.*

Ocupado como estaba en leer en el gran libro que la naturaleza le tendía a sus escasos años, ¿cómo no habría de escribir en *Allá lejos y hace tiempo*?:

*Por mi parte, no sentía inclinación por los libros, que significaban lecciones y deberes, siéndome, por lo tanto, repugnantes. No me convencía fácilmente de que alguien los leyera por placer.*

En esos primeros años de vida, ¿quién hubiera podido adivinar que el mismo hombre que recordaba ese horror juvenil y casi sagrado por los libros daría más tarde muestras tan concluyentes de páginas que se leen por el puro placer de la lectura? He aquí un recuerdo de Hudson que remonta a los cinco años (iba a decir: en este retrato, Hudson tiene cinco años):

*Los incidentes e impresiones recordados en el capítulo anterior, se refieren —como ya he dicho— a los últimos dos años, de mis cinco de vida, en el lugar de mi nacimiento. Mi memoria se resiste a llevarme más atrás. Algunas personas de maravillosas facultades, pueden retroceder mentalmente a los dos años de edad y aun a su primer año. Yo no. Podría únicamente contar los rumores de lo que fui, o hice, después de los tres. De acuerdo con todas las narraciones, las nubes de gloria que yo traje al mundo —el hábito de sonreír a todas las cosas que veía y a todas las personas que se me acercaban— dejaron de ser rastros visibles alrededor de esa época. Sólo me recuerdo a mí mismo como un niño cualquiera, como un animalito salvaje corriendo sobre sus patas traseras, enormemente interesado en el mundo en que se encontraba.*

*Empiezo, pues, a los cinco años de edad, temprano, en una fría y brillante mañana de junio —mitad del invierno en aquel país del sur, de grandes llanuras o pampas— esperando impacientemente que engancharan y cargaran la volanta, sintiéndome luego colocado en la parte de arriba con los otros pequeños, que en aquel tiempo sumábamos cinco, llegando finalmente el gran instante de la partida, entre gritos y mucho ruido de patadas, resoplidos de caballos y rechinar de cadenas. Recuerdo muchas cosas de este viaje que empezó al salir el sol y terminó entre dos luces, poco después de ponerse aquél. Realizaba mi primer viaje e iba hacia lo desconocido.*